

www.alfaguara.com
Empieza a leer... Los dominios del lobo

**LOS DOMINIOS
DEL LOBO**

COLECCIÓN

Javier Marías

ALFAGUARA


Prólogo de 1987

Al terminar mi primer año de Universidad, en junio de 1969, cuando contaba todavía diecisiete años, me escapé a París. No fue una huida dramática, y desde luego no se debió a ningún grave altercado con mis progenitores ni tampoco a que yo estuviera en aquella época sometido a una rígida férula. Menos aún se debió a que alguien se adueñara de mi voluntad vacilante y me arrastrara hasta allí con promesas de riqueza o amor. Por entonces París se asociaba ya poco con esa clase de bendiciones. A decir verdad, yo lo asociaba con el cine más incluso que con la libertad, y fue por causa del cine por lo que me escapé.

Creo que tan sólo unas semanas antes había decidido escribir una novela cuya acción transcurriera en Norteamérica. No se trataba, sin embargo, de una América real, y por ello lo que nunca se me ocurrió —receloso, además, de los métodos a lo Zola— fue intentar marchar a los Estados Unidos para escribirla. Tampoco mis medios me lo habrían permitido, ya que a duras penas me daban para ir a París. Yo acababa de ganar mi segundo o tercer dinero maltraduciendo, en colaboración con mi primo Carlos Franco, unos guiones de películas de terror. Aquel trabajo nos había llegado en nuestra calidad de mano de obra barata y a través de un tío común, el director de cine Jesús Franco, que en aquellos años hizo varias versio-

nes de Drácula y Fu-Manchú con un decadente Christopher Lee como protagonista. Además de esto, mi tío tenía a la sazón su casa en París.

En París estaba la famosísima Cinémathèque de Henri Langlois, y yo sabía de la existencia de numerosos cinestudios que, bajo las reglas impuestas por la *nouvelle vague* y *Cahiers du cinéma*, se dedicaban a programar frenéticamente cine americano de los años treinta, cuarenta y cincuenta. Ese iba a ser (lo era ya, de hecho) mi principal material, y consideré que lo mejor que podía hacer para escribir la novela que planeaba era pasar una temporada en el único lugar del mundo en el que podría estar en permanente contacto con ese material.

Mis padres no pusieron, en principio, objeción al viaje. Pero así como era una suerte que mi tío Jesús viviera en París, resultó una desgracia que otro tío mío acertara a encontrarse también allí en aquella época. Este segundo tío —tío segundo en realidad, al que apenas conocía— era el agregado naval de la embajada española en la capital de Francia, y fue a su casa a la que mis padres se avinieron a mandarme, suponiendo que allí llevaría una vida ordenada y bajo control. Esa posible vida yo la veía tan estricta como la de un guardiamarina, mientras que mi tío Jesús me ofrecía su piso para mí solo, ya que él iba a pasar el verano rodando en otro país. Pero Jesús Franco —más conocido como Jess Frank— no estaba del todo bien visto por mi familia. Pues no sólo se había convertido en un especialista de films de terror, sino que también era un prolífico director de películas pornográficas.

Lo que asustaba a mis padres —qué podría sucederme viviendo solo en la casa de un pornógrafo internacional, por muy hermano y cuñado que

fuese— era justamente lo que me atraía a mí. Entre alojarme en casa de un agregado naval o de un consumado pornógrafo, la elección estaba clara, pero a lo segundo sí se opusieron mis progenitores. El forcejeo que se sucedió se vio resuelto por mi impaciencia final y mi decisión de escapar.

Había redactado ya algunas páginas de mi proyectada novela cuando un día de julio cogí a escondidas un tren hacia París. Dejé a mi primo una nota para mis padres en la que les daba cuenta de mi fuga, y esa nota —siguiéndose mis instrucciones— sólo les fue entregada después de las diez de la noche, hora en la que estaba previsto que el tren cruzara la frontera. Del viaje apenas si recuerdo nada —veo sólo a un amable checoslovaco que me ofrece de su comida—, pero sí que respiré con alivio cuando alcanzamos el territorio francés.

En París estuve mes y medio, viviendo en cierta contradicción. Por una parte, tenía a mi disposición un piso amplio y cómodo, cercano a los Campos Elíseos —15, rue Freycinet—, con un salón dominado por un piano blanco de cola y estanterías abarrotadas, en efecto, de revistas eróticas. Por otra parte, no tenía casi dinero; y, sobre todo, el poco que tenía y que iba ganando de ruborizante manera lo destinaba enteramente a pagar entradas de cines, y quizá uno de los recuerdos más nítidos de aquella estancia son mis frecuentísimos almuerzos y cenas a base de pan con mostaza (sin ni siquiera la salchicha dentro) en medio del salón erótico. El régimen alimenticio mejoró tan sólo durante la semana que mi primo Carlos pasó conmigo en el mes de agosto. También él se animó a la huida, aunque la suya fue breve y sin que sus padres, de veraneo, llegaran a

enterarse. No sólo trajo algo de dinero, sino que su presencia supuso una segunda fuente de ingresos.

En aquel tiempo yo me atrevía a maltratar una guitarra y a entonar, con nula afinación, canciones de Bob Dylan y otros arrastradores de la voz. Mis mañanas parisinas las pasaba en casa, escribiendo con disciplina, pasión e inocencia el libro que tienen ustedes entre las manos. Por la tarde iba de un cine a otro cumpliendo mi objetivo de estar inmerso en el material que me estimulaba. Por la noche tenía la desconsideración de acercarme con mi extinta guitarra a las terrazas de los Campos Elíseos y molestar durante varios minutos a los apacibles ciudadanos en ellas sentados, a los que luego pedía *quelque chose pour un étudiant*: incurrí en todos los tópicos de la época. Y cuando vino mi primo, también ofrecíamos, dispuestos en el suelo, los dibujos que él hacía. Hoy, cuando mi primo Carlos Franco es un pintor cada vez más apreciado, no puedo por menos de preguntarme si aquellos generosos transeúntes que los adquirieron por cinco francos habrán tenido la paciencia de conservarlos.

Durante el mes y medio que aguanté en París a base de pan con mostaza vi —nunca olvidaré la cifra— ochenta y cinco películas, aunque no todas fueron americanas. Y no compré nada. Cuando regresé, la novela estaba casi acabada, y creo que para el mes de octubre le había puesto punto final. Por mi cabeza no había pasado la idea de intentar publicarla, así que me limité a prestarla a algunos amigos, que me dieron su opinión y se divirtieron leyéndola. Siguiendo algunos consejos, la sometí a numerosos cambios y cortes (debieron de caer unas ochenta páginas), y de ahí que la fecha de terminación que aparece al final del libro sea enero de 1970.

He contado de palabra, pero no por escrito, cómo llegué a publicar *Los dominios del lobo*. Lo cierto es que aún no tenía ese título cuando conocí a Vicente Molina Foix, que iba a salir en una antología poética, y poco después a Juan Benet. Durante el curso 1969-70 di en acudir por las noches a un local madrileño en el que se reunía gente de cine y de letras y que por fortuna no era el café Gijón. Algunas de esas noches, a la salida del local, un grupo de amigos nos desplazábamos hasta el cercano Paseo de Recoletos y allí, sobre la dura acera, yo cometía la imprudencia de dar algunos volatines y piruetas, arte en el que era bastante más hábil que con la guitarra. La afición a ganar dinero en la calle hizo que Molina y Benet se convirtieran poco menos que en mis apoderados, y a partir de entonces los volatines fueron efectuados sólo tras colecta previa entre los asistentes, que iban en aumento. Siempre he tenido la sospecha de que Molina y Benet —pero sobre todo Benet— me explotaron durante aquel breve periodo, pero en todo caso la parte que yo percibía solía darme para regresar a mi casa en taxi. Poco después mis improvisados *managers* supieron que, además de dar saltos, yo escribía, o al menos que había escrito una novela. Los dos la leyeron y a los dos gustó. Molina acabó por encontrarle el título que le faltaba y Benet hizo gestiones para su publicación. Por ese motivo *Los dominios del lobo* va dedicado a ambos.

Hoy casi nadie se escandaliza porque la acción de una novela española transcurra en Alemania, el Tíbet o el sur de Francia, pero en 1971, año de la

aparición de *Los dominios del lobo*, todavía mucha gente exigía en España que las novelas dieran testimonio de la realidad del país y contribuyeran a derrocar al dictador. *Los dominios del lobo* fue bien acogida por algunos críticos y escritores, que vieron en ella las suficientes ironía, madurez narrativa y capacidad de fabulación para que no resultara simplemente una ingenuidad; pero otros me reprocharon que no me ocupara de la cruda realidad española y que no me basara en mi mundo y en mis experiencias personales, sino en un mundo ficticio y ajeno al nuestro. La verdad es que a mis diecisiete o dieciocho años casi no tenía más experiencias que las adquiridas en la butaca de un cine o leyendo en un sillón. Pero había algo más.

Antes he dicho que escribía esta novela con inocencia. Debería añadir que, sobre todo, con irresponsabilidad. Si había más de lo segundo que de lo primero es porque de algo sí era consciente cuando decidí escaparme a París: yo no deseaba escribir *necesariamente* sobre España ni *necesariamente* como un novelista español. Las razones para este rechazo (tan global como injusto) eran de orden literario y de orden político, pero no es este el lugar para exponerlas ni para refutarlas. Sólo quiero llamar la atención sobre el hecho de que este desdén inicial por lo *español* (en tanto que identificado simplistamente con lo *franquista*) lo compartía con la mayoría de los miembros de mi generación —la primera nacida después de 1939—, según pronto averigüé. En contra de lo que se ha dicho a veces, sin embargo, esa generación literaria estuvo tan comprometida políticamente como la anterior, sólo que hizo, por vez primera en mucho tiempo, lo que hoy resulta una

obviedad: librar su lucha política en las aulas universitarias, en las reuniones clandestinas en oscuros sótanos y en las carreras a campo o a calle abierta delante de las patas de los caballos de la policía, pero nunca en los libros. Aunque quizá sólo fuera porque ninguno de nuestros modelos literarios había escrito literatura *engagée*.

Ahora, cuando acabo de releer *Los dominios del lobo* por vez primera desde su publicación a fin de revisarla para esta edición, doy gracias por haber merecido aquellas censuras de algunos críticos y escritores en 1971, pues si me ha parecido lo bastante aceptable para volver a darla a la imprenta creo que ello se debe, más que a ninguna clase de precoz talento literario por mi parte, al hecho de que *no* trate de mi realidad de entonces. Amplias partes del libro no las recordaba, ni siquiera mientras las releía, y por serme tan ajenas biográficamente he podido pasar mi vista por ellas con objetividad y sin rubor; y algunas páginas —las mejores— ni siquiera me han parecido mías, o, mejor dicho, propias del que yo era entonces. Por eso no me queda sino reafirmarme retrospectivamente en lo que supongo que ya intuía en el verano de 1969: el novelista que empieza debe tener cuidado con la elección de sus modelos, porque, lo quiera o no, en sus inicios dependerá de ellos. Aunque creo recordar que fue Goethe quien lo dijo más claro: *Tened cuidado con lo que queráis ser de mayores, porque podéis acabar lográndolo.*

El texto que viene a continuación es casi el mismo que apareció en la primavera de 1971, hace

dieciséis años. Los libros, en mi opinión, son de una sola vez, y nunca me ha gustado que el adulto manipule los juguetes del niño sin su consentimiento, sobre todo cuando éste ya no puede darlo. Por eso me he limitado a cambiar algunas cifras y doce nombres propios (la mayoría anecdóticos) por razones diversas, a rectificar unas cuantas incorrecciones elementales y a suprimir bastantes comas que, con ser obligadas, ahora me molestaban. El niño, sin duda, era más respetuoso con la sintaxis.

J M
Febrero de 1987

**LOS DOMINIOS
DEL LOBO**

*Para Juan Benet
y Vicente Molina Foix*

*That was the year
the small birds in their frail and delicate battalions
committed suicide against the Empire State,
having, in some never-explained manner,
lost their aerial radar, or ignored it.*

*That was the year
men and women everywhere stopped dying natural
[deaths.*

*The aged, facing sleep, took poison;
the infant, facing life, died with the mother in
[childbirth;
and the whole wild remainder of the population,
despairing but deliberate, crashed in auto accidents
on roads as clear and uncluttered as ponds.*

EDWIN ROLFE

La familia Taeger, compuesta por tres hijos —Milton, Edward y Arthur—, una hija —Elaine—, el abuelo Rudolph, la tía Mansfield y el señor y la señora Taeger, empezó a derrumbarse en 1922, cuando vivía en Pittsburgh, Pennsylvania.

En aquella época Edward tenía veinte años y estaba casi terminando sus estudios de historia en la Universidad. Sólo le quedaba un año y quería casarse muy pronto, en cuanto acabara la carrera. Su padre, Davison Taeger, era arquitecto, ganaba mucho dinero, y lo que más le preocupaba, igual que a su esposa Grace, era tener una posición digna y estar considerado como uno de los más distinguidos componentes de la alta sociedad de Pittsburgh. En aquellos tiempos ya lo había conseguido, y daba cada mes una gran fiesta a la que asistían, generalmente, más de doscientos invitados. Fue en una de aquellas fiestas donde comenzó la catástrofe familiar.

La tía Mansfield, hermana de la señora Taeger y viuda del proyecto de senador Archibald Mansfield, muerto en un accidente de aviación en 1919, había encajado muy bien, aparentemente, el fallecimiento de su marido, y nunca había hecho, en aquellos tres años, una escena de llantos o histeria. Sin embargo, por las noches, cuando nadie podía verla en su cuarto, sacaba una pequeña foto de su esposo que guardaba bajo llave en un cajón, y rezaba ante ella como

si fuese la imagen de un santo. Después la besaba durante largo rato y se acostaba. Por supuesto, ninguno de los miembros de la familia sabía esto, y por ello les extrañó tanto lo que ocurrió en la fiesta correspondiente al mes de noviembre de 1922.

Aquel año no había sido posible organizar la del mes de octubre, pues el señor y la señora Taeger habían pasado el verano en Europa y habían regresado muy tarde, así que la de noviembre servía también para celebrar su vuelta y para dar la bienvenida al nuevo gobernador del Estado, el señor Ramsay Gilman, hombre de unos cuarenta y cinco años y a quien se auguraba un brillante porvenir.

La tía Mansfield, siempre sobria y digna, asistía a estas fiestas muy de vez en cuando, y cuando lo hacía se limitaba a sentarse en un sofá, saludar a los invitados con amabilidad y cotillear con Arthur, que era su sobrino favorito. Aquella noche, sin embargo, presintió que algo maravilloso iba a pasar, por lo que, siempre acompañada de Art, procuró estar más activa, se mezcló entre los huéspedes e incluso bailó tres o cuatro veces. Se encontraba descansando en un sillón tras un vals agotador cuando alguien anunció que ya llegaba el gobernador del Estado. Una masa de personas bastante considerable se precipitó hacia la puerta y entonó una cancioncilla de bienvenida compuesta por la asociación de damas de Pittsburgh, y que decía algo así como:

*Welcome, welcome, Mr Gilman,
Welcome, welcome to the town.
We all think that you're a good man
'Cause you're always dressed in brown.*

*(Bienvenido, bienvenido, señor Gilman,
bienvenido a la ciudad.
Creemos todos que es un buen hombre
porque siempre va de marrón.)*

Tras ello todos rieron con gran estrépito y la masa volvió a entrar. La tía Mansfield, al escuchar esta canción, le había dicho a Art:

—No sé, Art, cómo el señor Gilman tolera esta clase de bromas. Archie era un hombre más serio. Nunca dejó que su prestigio sufriera el menor daño. Habría llegado fácilmente a senador.

El señor Gilman entró rodeado por una corte de admiradores. Era un hombre alto, robusto pero distinguido, con el pelo muy blanco y sin indicios de calvicie, vestido con un traje de etiqueta de color marrón muy oscuro, y un bastoncillo en la mano. El señor Taeger, al verle, se acercó y le estrechó la mano. Luego procedió a presentarle a los demás miembros de la familia. Mientras lo hacía, la tía Mansfield empalideció y sus ojos se quedaron fijos en la figura del señor Gilman. Cuando le tocó su turno de presentación y el gobernador se aproximó a ella y le ofreció su mano, la tía Mansfield se levantó bruscamente del butacón en que se hallaba sentada y le cogió los dedos, para besárselos con devoción y ceremonia. El señor Gilman la observó atónito, trató de sonreír y dijo:

—No es para tanto, sólo soy un gobernador.

La tía Mansfield pareció no oírle y exclamó:

—¡Has vuelto al fin! —Y se derrumbó sobre el butacón, muerta.